

CERVANTES Y LA LENGUA
D. ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

Carlos Fuentes, en su monumental novela *Terra nostra* —monumental no sólo, y no tanto, por sus novecientas páginas, sino también, y sobre todo, por la grandiosidad de su estructura narrativa, por la opulencia arquitectónica de su sintaxis y por la fastuosidad de sus imágenes literarias— habla de un curioso personaje, autor de obras singulares de la literatura universal, en el sentido de que imagina sus acciones y personajes. Lo llama *el Cronista*, y lo describe como

... el hidalgo empobrecido, hijo de cirujano sin fortuna, hijastro fugaz de las aulas de Salamanca, heredero de mohosos volúmenes donde se cuentan las maravillas de la caballería andante, huérfano de las imposibles hazañas de Roldán y el Cid Rodrigo y por ello doblemente desgraciado, pues conociendo lo que es, no se le puede poseer y sólo se está, con la cabeza llena de espejismos y el plato ayuno de alubias, sólo se está y nunca se es, manteniendo la apariencia del hidalgo aunque con las polainas raídas...¹

Miguel es el nombre del extraño personaje, pero también podría ser Mijail o Michach. Y un día, refugiado en la sentina de un barco, herido en una mano de un arcabuzazo, encerrado como en una cárcel, en medio del fragor de una batalla que enfrentaba a turcos y cristianos, sintiendo cómo le rondaba de cerca la muerte, imagina vidas y personajes:

...imaginó a un caballero enloquecido por la verdad de la lectura, empeñado en trasladarse a una mentirosa realidad y así salvarla y salvarse; imaginó a viejos reyes traicionados en negras y tormentosas noches de necedad y locura por hombres y mujeres más crueles que la propia, despiadada naturaleza, que sólo es involuntariamente cruel; y a jóvenes

príncipes enamorados de las puras palabras, incapaces de convocar la acción o exorcizar la muerte que la realidad reserva a los soñadores; imaginó a un burlador de honras y sagrados, héroe de la pasión secular, que pagaría sus goces en el infierno de la ley que tanto negó en nombre del placer libre y profano; imaginó a parejas consumidas por amores a la vez divinos y diabólicos, pues divino y diabólico sería el amor en que los sujetos ya no se distinguen entre sí, el hombre es la mujer y la mujer el hombre, cada uno el ser del otro, atravesados por un sueño común que desafía las razones sociales de lo individual, lo separado, lo encasillado en condición, haber, familia; imaginó a un gran ambicioso, temblando de frío, solo entre los millones que pueblan la tierra, solo, sin la vecindad de dioses o de hombres, separado de ellos, abandonado y sin más cauce para su energía que acumular el odio y la inquina sobre las espaldas de la naturaleza que niega el tamaño de su orgullo; e imaginó a los pequeños ambiciosos, resignados a la mediocridad sensual, derrotados ya los grandes sueños sin salida del pasado, perdidas sus ilusiones, gastadas a lo largo de toda una vida, como el viajero que algo deja de su riqueza en todas las posadas del camino: poder y riqueza, o asesinato y suicidio: manera de aceptar o negar la pasión palidecida; imaginó, en fin, al penúltimo de los héroes, el que se da cuenta de que el presente lo encierra, eclipsa su pasado, el pasado cesa de proyectar la sombra del héroe que el héroe antes llamaba su porvenir: Tántalo es el nombre del héroe, de todos los héroes que habrán devorado su presente para alcanzar un loco, ambicioso, enamorado, soñado futuro y, no pudiendo obtenerlo porque el futuro es un veloz fantasma que no se deja apresar, él liebre, nosotros tortugas, deberán voltear la cara al pasado para recuperar lo más precioso, lo que perdieron, lo que no les acompañó en la vibrante y desolada búsqueda de la pasión prohibida por las heladas leyes y reclamada por las hirvientes sangres: el deseo posee, la posesión desea, no hay salida, heroico Tántalo de frágiles cenizas y vencidos sueños, el héroe es Tántalo y su contrincante es el Tiempo: lucha final, vence el Tiempo, vence el Tiempo...²

Miguel, Mijail, Michah se siente morir, y piensa que ya no habrá tiempo en su vida para narrar la historia de cada uno de aquellos personajes, y concentra todas las escasas fuerzas que le quedan para escribir siquiera una, una que ha de lanzar luego al futuro en una botella al mar, siquiera el comienzo de una de aquellas historias, que empieza así:

Al despertar (??? –un hombre; un nombre; que lo ponga quien lo encuentre; tenía razón el muchacho que fue condenado a la hoguera; hay que tomar el nombre de la tierra donde se vive, viejo, nombres de barro y polvo y sueño) una mañana, tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto (tachado: otro animal, quizás mítico, dragón, unicornio, grifón, mandrágora, la mandrágora se halla al pie de los cadalsos, de las hogueras, Miguel, me oyes, tachado, grifón, salamandra, no, mejor insecto, cucaracha, héroe final, tachado). Hallábase echado sobre el duro caparazón de su espalda (caparazón de insecto, enmienda, ojo, escudo del antiguo héroe, caparazón, defensa para que no nos pisoteen) y, al alzar un poco la cabeza, vio la figura convexa de su vientre oscuro, surcado por curvadas callosidades (abismo: tachado, enmiendo, abismo punto central de un escudo de armas, ombligo de la identidad abismal, abismado, sol de los cuerpos) cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha, que estaba visiblemente a punto de escurrirse hacia el suelo. Innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con el grosor ordinario de sus piernas, ofrecían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia. –¿Qué me ha sucedido? No soñaba, no³.

Es obvio que, entre la multiplicidad de valores de esta novela genial de Carlos Fuentes, no es el menos importante el de componerla y ofrecerla como homenaje a diversas figuras de las letras universales, que sin duda forman parte de las querencias literarias del gran escritor mexicano. Y es aún menos indudable que, entre esos grandes creadores de la literatura, más allá de fronteras geográficas y cronológicas, Cervantes es el que más y mejor convoca la admiración del autor de *Terra nostra*. Seis años tardó en escribirla, y apareció en diciembre de 1975, y poco después, en marzo de 1976, Fuentes publicó también uno de sus más hermosos e importantes libros no narrativos, el ensayo titulado *Cervantes o la crítica de la lectura*⁴. En este, el autor habla del proceso de elaboración de *Terra nostra*, y da algunas claves para la interpretación y valoración de esta novela, tan compleja y llena de inquisiciones y de incitantes planteamientos. De hecho, el propio Fuentes declara que, “de manera cierta”, este ensayo sobre Cervantes “es una rama” de su *Terra nostra*.

Para Fuentes, entre las fechas claves de la historia española, y en cierto modo de la historia universal, figuran los años 1499, en que se

publicó *La Celestina*, y 1605, en que apareció la primera parte de *El Quijote*. Mas para él no son fechas clave sólo en el ámbito literario, lo cual es demasiado evidente para tener que señalarlo de modo expreso, sino que trascienden mucho más allá. Son, dice él, “dos fechas que recogen el pasado, radican el presente y anuncian el futuro...”⁵.

Es realmente asombroso, aun a la distancia de cuatrocientos años, lo que representa un hombre como Cervantes. Fuentes nos lo da como el símbolo universal del escritor, de la idea misma, pura y abstracta, del escritor, escritor que es a la vez todos los escritores que en el mundo han sido, autor real del *Quijote*, como potencialmente pudo serlo también de *Hamlet*, de *don Juan Tenorio* o de *La metamorfosis* de Kafka... Y no debe extrañar tal identificación con los grandes escritores del mundo, puesto que, en efecto, no hay, a partir de 1605, un solo libro imaginativo o conceptual, escrito en Castellano o en cualquier otro idioma, que no sea de algún modo y en alguna medida tributario del *Quijote*. Allí está todo, porque allí está la vida, que lo es todo. Mucho se ha dicho y repetido que Cervantes es el creador de la *novela moderna*, en general, sin señalar ubicación geográfica. Y es verdad. Ahora bien, ¿hasta qué punto Cervantes estuvo consciente de ese hecho? El mismo Fuentes, en el ensayo citado, responde a esta pregunta, y hace de él un paralelo con Colón:

Una vez escuché en España la opinión según la cual Cervantes y Colón serían gemelos espirituales. Ambos murieron sin darse cuenta de la importancia de sus descubrimientos. Colón creyó que había llegado al Lejano Oriente navegando hacia el Occidente; Cervantes pensó que sólo había escrito una sátira de las novelas de caballería. Ninguno de los dos imaginó que había desembarcado en los nuevos continentes del espacio —América— y de la ficción —la novela moderna⁶.

El paralelo es fascinante, y sin duda mucho hay en él de verdad. Pero, como el mismo Fuentes lo señala en otra parte de su ensayo, *El Quijote* es obra de madurez, escrita después de una larga vida llena de vicisitudes y contrariedades, de sufrimientos e infortunios, frente a muy pocas alegrías. Dos veces vio frustrarse su deseo de venir a América, sin duda en busca de mejoría para una situación familiar y social nada halagüeña. Había vivido la guerra muy intensamente, y padecido el cautiverio y la cárcel, que si bien fue injusta en algunas ocasiones, y en otras al

parecer no lo fue tanto, hubo de ser de todos modos lacerante y vergonzosa. Todo ello le dio, sin duda, una experiencia vital y agudizó su perspicacia, de tal modo que pudo adoptar, como bien lo señala Fuentes, una perspectiva desde la que *se recoge el pasado, se radica el presente y se anuncia el futuro*. *El Quijote* es mucho más que una sátira de los libros de caballería. Esta no es sino el pretexto, la coartada que le permite hacer la más despiadada sátira contra aquella sociedad y sus instituciones —la Iglesia, el poder político, las fuerzas económicas, en general lo que, con toda precisión, pese a ser un lenguaje al parecer pasado de moda, suele llamarse *las clases dominantes*—, que, trillando ya tiempos modernos, aún se aferraban en muchos aspectos a los viejos resabios medievales. En este sentido, Fuentes sostiene que Cervantes “era consciente del contexto cultural e histórico de la Europa de fines del siglo XVI e inicios del XVII, y particularmente de las realidades de España como fortaleza de la Contrarreforma”⁷. Y si lo vemos desde el punto de vista estrictamente literario, también tuvo conciencia Cervantes de lo que hacía. En el prólogo de las *Novelas ejemplares*, publicadas en 1613, ocho años después de la primera parte del *Quijote* y dos años antes de la segunda, dice, con franqueza no exenta de cierta justificada arrogancia, lo siguiente:

... yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son más propias, no imitadas ni hurtadas. Mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.

Lo cual significa que Cervantes no es sólo el iniciador de la *novela moderna* en el ámbito mundial, sino también el creador de la novela española, por lo que hay que concluir, además, que en España la novela nació ya moderna.

Lo que, como decíamos antes, asombra, es cómo Cervantes pudo llegar a tales cumbres. Su vida no fue nada cómoda, en una época en que las condiciones materiales comunes eran poco propicias para el ejercicio de las letras, si no se contaba, no digamos que con las comodidades de una vida más o menos regalada, pero sí con un mínimo de tranquilidad y de problemas resueltos. La necesidad de atender a los requerimientos elementales de la vida, no sólo la propia sino también la de

familiares cercanos, siempre ha sido un serio obstáculo para quien pretende dedicarse de lleno a la creación literaria. Hoy lo sigue siendo, aunque la posibilidad de disponer de recursos técnicos, que facilitan enormemente la tarea de escribir, atenúa mucho esa contradicción entre el trabajo literario y la necesidad de realizar paralelamente otras actividades, más productivas desde el punto de vista del *modus vivendi*. Piénsese en lo que va de la vieja y noble pluma de ganso de los tiempos de Cervantes, necesariamente lenta y cansona, a la veloz computadora de hoy, y se comprenderá fácilmente lo que queremos decir.

Aunque de la vida de Cervantes se sabe relativamente bastante, hay muchos aspectos de ella que permanecen un tanto oscuros y confusos, lo cual genera controversias entre sus biógrafos. Pero, si bien es indudable su definida vocación literaria, consta que en más de una ocasión tuvo que abandonar la literatura para dedicarse a otras actividades que le permitiesen vivir y mantener a su familia. Durante varios años tuvo a su cargo el aprovisionamiento de la flota, cuando se hacían preparativos para la guerra con Inglaterra, en lo que luego se conoció en la historia como el episodio de la Armada Invencible, que culminó en un verdadero desastre para España. También fue recaudador de impuestos y aranceles, y más de una vez tales actividades le produjeron graves perjuicios, desde excomuniones, hasta problemas financieros por cuentas mal rendidas, que incluso lo llevaron a la cárcel.

Por otra parte, la vida familiar de Cervantes tampoco fue precisamente ejemplar. Es fama que las mujeres de su familia, con excepción de su madre y su esposa, fueron casquivanas, y a menudo protagonizaron situaciones punto menos que escandalosas. Hija y hermanas al parecer practicaban con entusiasmo cierto liberalismo sexual, y hasta se ha dicho que lo hacían a cambio de compensaciones monetarias. Tales hechos lo pusieron más de una vez en aprietos, a lo cual pudiera haber contribuido su propio carácter, no muy apacible que digamos, hasta el punto de que alguna vez hubo de ir a la cárcel también por líos relacionados con mujeres de su familia. Incluso recién publicado el *Quijote*, en 1605, época en que Cervantes vivía en Valladolid, un grave incidente ocurrido en la cercanía de su casa, en que resultó muerto un sujeto de apellido Ezpeleta, y en el que los testigos involucraron a la hija de Cervantes y a un supuesto amante de ella, don Miguel y otros miembros de su familia fueron encarcelados, aunque luego se demostró que el autor del *Quijote* nada había tenido que ver en el asunto.

Siempre se ha hablado de la prisión de Cervantes, acusado injustamente de haber dispuesto de algún dinero proveniente de los impuestos que debía recaudar. Pero, como hemos visto, no fue ese su único episodio carcelario. Al parecer, era un tanto intemperante, y su carácter le causó más de un disgusto, no siempre como víctima, sino también alguna vez como victimario. Incluso en una ocasión fue acusado de haber herido gravemente a un tal Antonio de Segura, por lo que fue enjuiciado y, según reza una ordenanza real de 1569, condenado a que “con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha y a destierro por diez años”, pena de la cual escapó por haber huido oportunamente. Fue en esa ocasión que logró viajar a Italia, donde entró al servicio del Cardenal Julio Acquaviva.

En tales condiciones, pues, resulta admirable que Cervantes haya podido escribir todo cuanto escribió. La vida agitada no le permitía dedicarse, como era su deseo, a la actividad literaria principalmente. Pero, aunque pasó largas temporadas sin escribir, en muchas otras ocasiones sí pudo alternar la escritura y la lectura con actividades nada intelectuales. Al respecto un estudioso de su vida y su obra, John Jay Allen, dice lo siguiente:

A pesar de los sinsabores, seguía escribiendo, con la confianza en sí mismo que demuestra un contrato de 1592 con el “autor” Rodrigo de Osorio, donde estipula que si las seis comedias que promete no resultan ser “de las mejores que se han representado en España”, quedaba Osorio libre de la obligación de pagárselas⁸.

Otro detalle acerca de Cervantes sobre el cual tampoco hay precisión es el de su real figura física. Son numerosos los retratos que de él se dan como auténticos, pero de ninguno consta que sea del natural. En cambio, sus rasgos generalmente parecen haber sido tomados de una muy vívida descripción que de él mismo hizo en el prólogo de las *Nove-las ejemplares*:

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis mal acondicionados y peor puestos, porque no tie-

nen correspondencia con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: éste digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizás sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria⁹.

Finalmente, debemos referirnos también a la formación académica e intelectual de Cervantes. Como se sabe, al autor del *Quijote* se ha tenido tradicionalmente como la máxima autoridad en relación con el idioma castellano. Especialmente los llamados “puristas” y conservadores a ultranza en materia de lenguaje, suelen usar la figura de Cervantes como una especie de mandoble frente a los que discrepan de sus apreciaciones, arremetiendo a “cervantazos” contra aquellos a quienes juzgan enemigos del idioma, que irónicamente muchas veces resultan nuevos molinos de viento, contra los que, cómicamente, se estrellan los furibundos “puristas”. Y más irónico aún es constatar que muchos de esos que se escudan tras el indiscutible magisterio de Cervantes, a menudo no lo han leído, o lo han leído mal.

No hay certeza acerca de los posibles estudios sistemáticos de Cervantes, incluyendo los relativos al idioma. Es probable que estudiara algún tiempo, en todo caso no mucho, con los jesuitas en Sevilla. Y aun más que en Madrid haya estudiado, individualmente o en algún colegio, pero en todo caso también por poco tiempo, con el sacerdote erasmista madrileño Juan López de Hoyos, quien alguna vez se refirió a él como su “caro y amado discípulo”. Algunos sostienen también que pudo realizar algunos estudios incompletos en Salamanca. Lo cierto es que, curiosamente, él mismo nunca habló de sus estudios ni de sus maestros.

Ahora bien, la autoridad cervantina en materia de lenguaje ha ido creciendo con el tiempo, hasta alcanzar su escritura un valor casi

dogmáticamente paradigmático. Lo cual no tiene por qué parecer extraño. No siempre los grandes escritores, grandes no sólo por su genialidad estética, sino también por su dominio del idioma, han sido gramáticos, ni muy conocedores de la gramática. El dominio del principal instrumento expresivo, incluso cuando alcanza cotas de exquisitez y virtuosismo, suele ser más la resultante de una intuición agudizada por el ejercicio constante, que de los estudios retóricos y gramaticales. Es muy probable que Cervantes no hubiese realizado atentos y detenidos estudios sistemáticos de lenguaje. A tal conclusión se llega, no sólo por las escasas noticias acerca de sus estudios académicos, sino también por ciertos rasgos de su sintaxis que bien pudieran calificarse, cuando menos, de heterodoxos. Aunque no es descartable que éstos tuviesen su explicación en el hecho de que, precisamente por saber mucho de ello, el famoso manco se permitiese ciertas subversiones del orden gramatical establecido. Esto es muy común, no sólo en la escritura, sino en general en todas las artes creadoras. El bastante saber de lo suyo a menudo autoriza, y aun aconseja a los artistas, la trasgresión de muchas de las normas de su oficio.

En todo caso, es evidente que la autoridad de Cervantes en materia de lenguaje pasa por el hecho de que su escritura no era sino la expresión cabal del habla de su pueblo, en su más legítima y genuina autenticidad. No es descartable que los muchos años de convivencia de Cervantes con el bajo pueblo castellano, es decir, con soldados, modestos mercaderes, camaradas de cárcel y cautiverio, hombres y mujeres de escasa cultura y de no muy exigente condición social y moral, le haya permitido dar a sus novelas y comedias el toque de realismo que es una de sus principales características. A ese respecto Dámaso Alonso señala lo siguiente:

Por aquel entonces [1584 y ss.] el novelista pospuso de nuevo la literatura a los negocios. Residió muchos años en Sevilla (de 1587 a 1600) y recorrió casi toda Andalucía en calidad de comisario para el aprovisionamiento de la Armada (integrado por cereales y aceite que, pagados con demora, era necesario requisar en los pueblos) y luego como perceptor de "tercios y alcabalas"; mientras tanto, su mujer seguía viviendo en Esquivias. Tales actividades requirieron un gran esfuerzo material de Cervantes, a quien, en cambio, le proporcionaron numerosos disgustos: excomuniones de cabildos eclesiásticos, cuentas no

ajustadas y cantidades en descubierto reales e imaginarias. Sin embargo, estos años trascurridos en medio del ambiente popular español (camino, posadas, traficantes y gente del hampa) determinaron, indudablemente, el realismo de su arte¹⁰.

Obviamente, parte de ese realismo de la narrativa cervantina está en su lenguaje. Cervantes interpretó y expresó mejor que nadie al pueblo castellano, al pueblo español, y ninguno pudo identificarse mejor que él con don Gonzalo de Berceo en aquello de “fer una prosa en román paladino, / en el que suele el pueblo fablar a su vecino”.

Pero no le hicieron falta a don Miguel grandes conocimientos de gramática, no sólo para escribir con la galanura, la gracia y la propiedad con que lo hizo, sino también para que se formase un criterio lingüístico sumamente novedoso, que aun hoy, a más de cuatro siglos, sigue mostrando su frescura, su dinamismo y su certeza. No se crea que esto puede atribuirse a exageración o a un exceso de afecto y admiración por aquel inmenso genio. Él mismo, por boca de Don Quijote, demostró tener, siglos antes de que existiera la ciencia lingüística, un pensamiento lingüístico y filológico que hoy podrían suscribir sin la menor reserva los más conspicuos y avanzados cultivadores de esa ciencia. En una ocasión Don Quijote le da a Sancho numerosos consejos sobre el arte de gobernar. Y al referirse a los hábitos alimenticios y al comportamiento que debe guardarse en la mesa, se da entre ellos un animado y precioso diálogo:

...habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo; que toda afectación es mala.

—Come poco y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

—Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra. Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de erutar delante de nadie.

—Eso de *erutar* no entiendo —dijo Sancho.

Y Don Quijote le dijo:

—*Erutar*, Sancho, quiere decir *regoldar*, y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la legua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *erutar*, y a los regüeldos, *erutaciones*; y cuando algunos no entienden estos térmi-

nos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso¹¹.

El vulgo es, pues, en el pensamiento cervantino, la verdadera autoridad en materia de lenguaje. Y si Cervantes lo es, es precisamente porque habla en el lenguaje de ese vulgo. El uso constante del idioma es lo que lo enriquece, lo dinamiza y lo mantiene al día. Desgraciadamente, este principio, que es uno de los fundamentos básicos de la moderna lingüística, hoy día no puede aceptarse de una manera ingenua y romántica. Es verdad que el pueblo, el vulgo, sigue siendo la principal fuente de información y de opinión. Pero en cuanto al lenguaje, esto era plenamente válido en tiempos de Cervantes, porque entonces el pueblo, aunque no tuviese un alto grado de formación académica, en materia de evolución lingüística respondía a principios y tendencias naturales, no interferidas por factores extraños ni artificiales, como los que hoy deforman, a veces intencionalmente, el habla popular. No conocieron Cervantes y su pueblo, ni siquiera en el más elemental nivel de presentimiento, el lado negativo del gigantesco desarrollo de los medios de comunicación masiva, que, mientras aporta efectos muy beneficiosos para el progreso individual y social de la humanidad, acarrea asimismo graves daños a la cultura, entre ellos los que afectan negativamente el lenguaje.

También sobre el estilo nos dejó Cervantes palabras muy ciertas y juicios muy enjundiosos. En el prólogo de la primera parte del *Quijote*, por ejemplo, en forma de consejo que un amigo da al autor, hallamos una preciosa síntesis de lo que para Cervantes eran el estilo y la función de escribir:

...Y pues esta vuestra escritura ni mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención; dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y obscurecerlos. Procura también que, leyendo vuestra histo-

ria, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla.

Magnífica síntesis de una retórica propia, desenfadada y fresca, lo que hace de ella una verdadera antirretórica.

Notas

¹ Carlos Fuentes: "Cervantes o la crítica de la crítica".

² Carlos Fuentes: *Terra nostra*.

³ Ib. p. 255.

⁴ *Cuadernos de Joaquín Mortiz. México; 1976.*

⁵ Ibídem.

⁶ Ibídem.

⁷ Ibídem.

⁸ Prólogo. En: *Don Quijote de la Mancha*. I. Edición de John Jay Allen. Ediciones Cátedra. Madrid; 1977.

⁹ Prólogo de *Novelas Ejemplares*.

¹⁰ En: González Porto-Bompiani: *Diccionario de Autores*. Montaner y Simón S.A. Barcelona; 1973. Tomo I.

¹¹ *Quijote*. 2/XCII